



El dulce vicio de escribir

Óscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde. Escritor y dramaturgo. Nació el 16 de octubre de 1854 en Dublín, Irlanda y falleció el 30 de noviembre de 1900.

En mayo de 1895 fue condenado a dos años de prisión y trabajos forzados por corrupción. Las acusaciones fueron impuestas por el marqués de Queensberry, John Sholto Douglas, padre de Alfred Douglas.

Desde la cárcel de Reading, Wilde escribe una extensa carta a lord Douglas. El siguiente es un fragmento.



Óscar Wilde a Lord Alfred Douglas

Querido Bosie:

Nuestra trágica amistad, en extremo lamentable, ha terminado para mí de un modo funesto y para ti con escándalo público.

En esta carta que he de escribir acerca de tu vida y la mía, habrá, seguramente, muchas cosas que han de herir tu vanidad. Si así fuese, reléela hasta que esta vanidad tuya quede muerta. Y si algún párrafo te arrasa los ojos en lágrimas, llora cual lloramos aquí en la cárcel, en donde ni de día ni de noche se ahorran las lágrimas. Esto es lo único que puede salvarte. Mas, si vas a quejarte a tu madre para que te mime y te arrulle, entonces estás perdido sin remedio.

Piensa también que si te causa pena leer esto, hartos más me causa a mí el escribirlo. Tú has seguido caminando libre y entre flores; a mí me han arrebatado el hermoso mundo del color y el movimiento.

Quiero empezar por decirte que me hago terribles reproches. Sí, ahora, aquí sentado, en esta celda lóbrega, vestido con este traje de presidiario; ahora que soy un hombre deshonorado, aniquilado, me hago terribles reproches. Me reprocho el haber dejado embargar mi vida por una amistad que no radicaba en el espíritu. Mientras permaneciste junto a mí, has sido la causa de la ruina total de mi arte; y por esto, porque consentí tu continua presencia entre el arte y yo, siento ahora tamaña vergüenza, insuperable aflicción.

Recuerdo una mañana, a principios de octubre de 1892, en que yo estaba sentado con tu madre en el bosque, y ella comenzó a hablar de tu carácter, de tus dos defectos principales: tu vanidad y el no tener idea de lo que era el dinero. Recuerdo que ref al oírlo; ¡cuán

lejos estaba de figurarme que el primero de tus defectos me llevaría a la cárcel y el segundo a la quiebra! Ya van casi dos años que estoy en el calabozo. He pasado por todas las formas imaginables de sufrimiento, y ahora descubro en mí mismo algo recóndito, que me dice que nada en el mundo carece de sentido, y menos aún el sufrimiento. Y este algo, que así me habla y se halla profundamente enterrado en mí como un tesoro en un campo, es la humildad, es lo último y lo mejor que en mí queda, el término más lejano que he podido alcanzar, el punto de partida de una nueva evolución.

Si alguien me hubiera hablado de la humildad, yo lo habría apartado de mí; si alguien me la hubiese traído, ya lo hubiera rechazado; pero yo mismo la he encontrado, y por eso quiero conservarla.

La sociedad, tal como la hemos ordenado, no me reserva ningún puesto, ni puede brindarme ninguno; pero la naturaleza cuya dulce lluvia cae lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores, tendrá en las rocas de sus montañas alguna hendidura en la que me pueda refugiar, y valles ocultos en cuyo silencio me sea dado llorar libremente. Ella hará que la noche se pueble de estrellas para que yo, en el destierro, pueda caminar seguro en las tinieblas. Y hará que el viento borre las huellas de mis pasos, para que nadie pueda perseguirme y dañarme. Lavará mis faltas en la inmensidad de sus aguas y me curará con sus hierbas amargas. Quisiera que yo te enseñara el placer de vivir y el placer del arte; tal vez, yo esté llamado a enseñarte una cosa aún más hermosa: el valor y la belleza del dolor.

Tu amigo que te quiere,

Óscar Wilde.

